

Rentería (1938-1962)

Recuerdos de aquellos años pasados

María Ángeles Barés Mañueco

— **A**buela, ¿Tú de pequeña dónde vivías?— Cuando el verano pasado mis nietos me hicieron esta pregunta, la curiosidad de los niños me hizo echar la vista atrás. Su curiosidad y mi tradicional lectura estival del “Oarso”, que cada año llega puntual a su cita y me evoca la Rentería de antaño, me llevó a poner por escrito algunos recuerdos de esos espléndidos y maravillosos años que viví en Rentería entre 1938 y 1962, año en el que me trasladé a vivir a San Sebastián.

Quiero recordar cuando llegamos, en plena Guerra Civil, a Rentería. Corría el año 1938 y mi padre, Pedro Barés Tonda, había aparecido en Rentería tras haber sido dado por “desaparecido” en el frente de Vizcaya, mientras formaba parte de las tropas republicanas. Tuvo la suerte de que alguien de Santander, donde residíamos entonces y había nacido yo, le reconociera y le sacara de su detención y lo llevara a Rentería a poner en marcha “Gráficas Urezbea”, dada su profesión de litógrafo. Se da la circunstancia de que durante algún tiempo tuvo que residir en el propio cuartel de la Guardia Civil de la calle Magdalena, posiblemente por estar militarizado. Cuando el frente se alejó de Cantabria mi padre pudo venir a buscarnos y de ese modo, con cinco años, llegué a la villa. Recuerdo nuestra primera vivienda, en Ondartxo, cuando solo existían las casas que daban a la carretera. Allí viví feliz los primeros años de mi vida en Rentería. Luego nos mudamos a la calle María de Lezo, a una casa que todavía hoy existe. Rentería tenía entonces alrededor de 5.000 habitantes. Posteriormente nos mudamos a la calle Viteri, concretamente al nº 24, a la llamada “Casa Mateo”, que se mantiene exactamente igual que entonces salvo por el desaparecido bar “Mendiola”, que tenía un hermoso

jardín. Curiosamente, años después, supe que en esa casa, en la década de los 20 del pasado siglo, había residido el que con el tiempo sería mi suegro, Carlos Barruso de Andrés. Puede llamar la atención tanto cambio de casa, pero hay que recordar que en aquellos tiempos la mayoría de las casas eran de alquiler. Lo de tener una casa en propiedad vendría después. Además, en el primer tercio del siglo XX, aunque parezca mentira, muchas casas no contaban con cuarto de baño. Esa fue la razón de los cambios, el esfuerzo de mis padres para lograr una casa con cuarto de baño y unas mínimas condiciones para ellos, mi hermano y yo; que éramos quienes formábamos la familia entonces. Mi hermana Mari Luz ya nació en Rentería, en la casa de la calle Viteri, con cuarto de baño, donde viví hasta que, tras casarme en 1962, me trasladé a San Sebastián.

Rentería me parecía un pueblo precioso, con su alameda grande a la orilla del río, ese que tantas riadas nos costó hasta que muchos años después se encauzó definitivamente. Pero esa Rentería de antaño tenía sus limitaciones. Para estudiar tan solo había entonces en Rentería un colegio de monjas, las Hijas de la Cruz, para las chicas y el colegio de los Hermanos del Sagrado Corazón para los chicos, que entonces estaba en la carretera general o avenida de Navarra. A éstas se unían las escuelas públicas, las llamadas “Escuelas Viteri”. También existían una serie de escuelas privadas; “las Rosas” en la subida a la estación del “Topo”, la de “las hermanas Ayerbe” en María de Lezo —en la misma casa en la que yo vivía— y la de “las canarias”, situada en la Alameda, al lado del bar “Maite”. Yo estudié con las hermanas Ayerbe, supongo que mis padres pensaron que la proximidad a casa era lo mejor para mí. Las recuerdo perfectamente, eran Faustina y Dorotea; una “flaca y otra gorda”, como decía-



Vista general de Errenteria desde el alto del barrio de Alaberga el año 1955. (Fotografía cedida por José Luis Insausti).

mos entonces. Los primeros estudios se hacían en alguno de esos centros. Luego, para seguir estudiando y como en Rentería no había instituto, tenías que ir a San Sebastián o continuar tus estudios en una academia. En aquella época la única que existía en Rentería esa "Albisu y Guezala", que luego cambiaría su nombre por "Izarra", ubicada en la calle Vicente Elícegui y que fue donde seguí mis estudios. Cuando terminabas estos ya la opción era clara. O te ponías a trabajar en alguna de las numerosas fábricas que tenía Rentería en aquella época o seguías estudiando. Mis padres prefirieron que siguiera estudiando con la vista puesta en que me preparase como secretaria para llevar la administración de alguna de las muchas empresas de la villa. En la academia aprendías mecanografía,

taquigrafía, matemáticas y francés con el famoso libro rojo "Perrier". Pensaba que esos estudios iban a ser un martirio y fueron todo lo contrario. Yo venía de las "Hermanas Ayerbe", donde recibí buenos castigos y golpes. Recuerdo que Dorotea tenía un palo gordo como ella y Faustina una varita que te hacía ver las estrellas. Sin embargo, en la academia de "Albisu y Guezala" no solo no te pegaban sino que, además de formarte académicamente, se encargaban de guiarte y orientarte. Yo, que era muy cabezota, no quería ser secretaria, quería ser enfermera. A pesar de todo terminé mis estudios aunque luego seguí con mis estudios de enfermería que era lo que yo quería hacer. De esa academia y de sus profesoras, guardo un recuerdo especial de Ixabel Albisu que en mi adolescencia se convirtió en mi mejor consejera y ayuda. Todavía hoy, muchos años después, la recuerdo como de la familia, y desde que falleció en diciembre de 2009 no había vuelto a Rentería hasta el verano de 2014, cuando las preguntas de mis nietos me hicieron recordar aquella Rentería de antaño.

Para estudiar enfermería tenías que ir a San Sebastián, al hospital de San Antonio Abad, que se encontraba en la Avenida de Navarra, que posteriormente desapareció y se trasladó a la actual ubicación en los altos de Amara. Para revalidar los estudios nos teníamos que examinar en una facultad de Medicina, y como en San Sebastián no existía teníamos que ir a Madrid, Zaragoza, Valladolid o Valencia. Yo fui a examinarme a Valencia porque a mis padres no les parecía bien que fuera a Valladolid donde estudiaba Medicina mi novio; ¡qué tiempos! Una vez que terminé mis estudios me puse a trabajar en el entonces llamado Instituto Radio Quirúrgico, ahora Oncológico, en el Alto de Aldaconea donde ejercí de enfermera hasta que me casé y me dediqué a cuidar de mis hijos porque entonces no existían las guarderías.

Terminados los estudios, con el primer dinero que gané, y a fuerza de darles la lata a mis padres, conseguí comprarme una Lambretta roja que me encantaba y que me permitía llegar más rápido a

mi trabajo. Creo que fui una de las primeras chicas que se motorizó y ahora, cuando veo a tanta chica en moto, pienso que en cierto modo y sin querer les facilité el camino.

Pero volviendo a mi querida Rentería, en la actualidad todo estaba cambiado. Los sitios donde íbamos a jugar se llenaron de casas y ya no se veía esa Rentería verde rodeada de montes. Aquellos barrios como Agustinas, Castaño, Alaberga, Capuchinos, donde ir con la merienda era delicioso, hoy están llenos de casas y Rentería se ha convertido en una ciudad ¿mejor?, posiblemente, pero yo sigo recordando aquella Rentería con su calle Viteri llena de hermosos árboles en el lado de los pares, donde yo vivía, y recorrida por las vías del tranvía en el lado impar haciendo sonar su campana y saliéndosele la percha o trole como la llamábamos.

En Rentería también han desaparecido las grandes empresas que estaban dentro del pueblo: Niessen, Laboratorios Carasa, Pekín... y que ahora se han trasladado a los polígonos industriales o desaparecido.

Después de tantos años de felicidad en San Sebastián sigo recordando Rentería, especialmente sus "Magdalenas", esas fiestas que tanto disfrutábamos y sus fuegos artificiales a la orilla del río; las procesiones de Semana Santa y del Corpus, con todas las casas engalanadas y sus altares con todo el pueblo en procesión tras su párroco Don Roberto ¡qué gran párroco fue! Y luego la corporación, la banda de música y los hombres; y detrás, las últimas, las chicas del pueblo —"la calderilla" las llamábamos—, evidentemente ya nada de esto existe.



Gigantes y cabezudos con la Banda de la Asociación de Cultura Musical en la Herriko Plaza (21-25 de julio de 1960). (Fotografía: Willy Koch).

Tampoco existen ya, para bien, las riadas que periódicamente inundaban Rentería. Todo cambia pero yo sigo recordando una Rentería de antaño que quedó grabada para siempre en mis recuerdos y que las preguntas de unos niños que no la conocieron me han hecho recordar. Supongo que muchos de los que lean estas líneas recordarán, puede que con cierta nostalgia, las mismas cosas que yo.



Llegada de la procesión a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción el día 22 de julio de 1946.